

MARÍA TAUSIET  
JAMES S. AMELANG  
(EDS.)

# *Accidentes del alma*

LAS EMOCIONES  
EN LA EDAD MODERNA



## ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN: LAS EMOCIONES EN LA HISTORIA	7
<i>María Tausiet y James S. Amelang</i>	

PRÓLOGO: ENVIDIA	33
<i>Lyndal Roper</i>	

### I. CÓDIGOS EMOCIONALES

1. EL SISTEMA DE LAS EMOCIONES: LA MELANCOLÍA EN EL SIGLO DE ORO ESPAÑOL	71
<i>Christine Orobitg</i>	
2. FLUJOS. EL CUERPO Y LAS EMOCIONES EN LA EDAD MODERNA	99
<i>Ulinka Rublack</i>	
3. CORTESÍA Y PRUDENCIA: UNA GESTIÓN CIVILIZADA DEL COMPORTAMIENTO Y DE LAS EMOCIONES	123
<i>Fernando Ampudia de Haro</i>	

### II. LA EMOCIÓN RITUALIZADA

4. LLANTO RELIGIOSO PROVOCADO EN ESPAÑA EN LA EDAD MODERNA	143
<i>William A. Christian Jr.</i>	
5. AGUA EN LOS OJOS: EL «DON DE LÁGRIMAS» EN LA ESPAÑA MODERNA	167
<i>María Tausiet</i>	

6. LA VIUDA ALEGRE: MIEDO Y LUTO EN EL LAMENTO RITUAL	203
<i>James S. Amelang</i>	

### III. LA EXPRESIÓN DE LAS EMOCIONES

7. SENTIR POR ESCRITO HACIA 1650: CARTAS, BILLETES Y LUGARES DE MEMORIA	229
<i>Diego Navarro Bonilla</i>	
8. IMÁGENES DEL LLANTO EN LA POESÍA DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ	255
<i>Aurora González Roldán</i>	
9. EXPRESIÓN Y EMOCIONES EN LA PINTURA ESPAÑOLA DEL SIGLO DE ORO	283
<i>Javier Portús</i>	
10. DE EFECTOS Y AFECTOS EN LA MÚSICA	307
<i>Luis Lozano Virumbrales</i>	
EPÍLOGO: IRA HUMANA E IRA DIVINA: LA BRUJERÍA VISTA POR CARL THEODOR DREYER	345
<i>María Tausiet</i>	
BIBLIOGRAFÍA SELECTA	391
RELACIÓN DE AUTORES	415

## INTRODUCCIÓN

### Las emociones en la historia

#### I

¿Qué son las emociones? ¿Cómo se manifiestan? ¿Podemos llegar a conocerlas? ¿Existen distintos tipos de emociones según las épocas y lugares, o lo único que cambia es su expresión, dada la universalidad de los sentimientos humanos? ¿Tenían algo en común las de los europeos que vivieron en la llamada Edad Moderna (siglos XVI-XVIII)? Las respuestas a estas preguntas no son fáciles ni unívocas. El término *emoción* evoca hoy en día una enorme variedad de significados; su polivalencia y ambigüedad no dejan de crecer en la medida en que resulta cada vez más útil como señuelo para incitar al consumo de innumerables objetos y actividades.

Todo parece indicar que las llamadas emociones son algo muy importante en nuestra cultura. Los medios de comunicación nos inundan constatemente de anuncios en los que el concepto *emoción* se ha vuelto omnipresente. Alude no sólo a las inolvidables impresiones prometidas a quienes asistan a ciertos espectáculos y exposiciones, o a la ansiedad expectante de quienes compren un número para participar en el sorteo de la lotería, sino también a las delicias asociadas a los paraísos artificiales ofertados por las agencias de viajes, e incluso a las intensas sensaciones que se supone vivirán quienes se decidan a contratar un servicio de telefonía móvil o a conducir una determinada marca de coche («¡autoemoción!»). Las emociones se presentan en la actualidad como el objeto más deseable y, por tanto, como algo que se puede comprar y vender. Ello implica vivir en una cierta contradicción: por un lado, se supone que se apoderan del individuo, que

son espontáneas, misteriosas, auténticas e inconscientes y, por tanto, muy difíciles de provocar. Pero, por otro lado, experimentarlas está al alcance de la mano, ya que se han convertido en un artículo más de consumo, aunque no siempre accesible a todos los bolsillos.

La actual sobrevaloración —o más bien abuso— de las emociones en nuestra sociedad de mercado contrasta, en principio, con la consideración, predominantemente negativa, acerca de éstas en la época estudiada en este libro. Para empezar, conviene señalar que el vocablo *emoción* (del latín *motio*, *-onis*, movimiento), tal y como lo entendemos hoy en día, es muy reciente. En los siglos XVI al XVIII se hablaba sobre todo de *afectos* o *pasiones*, esto es, de *padecimientos pasajeros* que *afectaban* (alteraban) al individuo, para después permitirle volver a su ser. El título del libro expresa con claridad esta visión pesimista de las emociones, entendidas como *accidentes*, es decir, como algo contingente, que podía existir o no, a diferencia del *alma* que, de acuerdo con la definición de Aristóteles, constituía la sustancia —algo necesario y permanente—.

Según el famoso diccionario de Sebastián de Covarrubias, publicado en 1611, los afectos o pasiones no serían sino perturbaciones o alteraciones del ánimo que causan en el cuerpo «un particular movimiento», ya sea compasión o misericordia, ira, venganza, tristeza o alegría<sup>1</sup>. Las emociones, por tanto, entendidas como movimientos que rompían la serenidad, la quietud, la tranquilidad del ánimo o alma, a menudo imaginada como un lago en reposo que de pronto se veía alterado por una turbulencia o agitación; de acuerdo con esta imagen, cada emoción sería como una piedra que al caer provocaba una serie de ondas consecutivas en las aguas límpidas y transparentes.

Dentro del pensamiento cristiano, coexistían dos posturas básicas hacia las emociones: una, estoica, según la cual lo ideal sería deterrarlas por completo y fomentar un estado de apatía deliberada que garantizara la paz espiritual; la otra actitud, que podríamos llamar agustiniana, asumiendo la importancia de las emociones, lo que pretendía era manejarlas, de forma que las pasiones negativas fueran reconvertidas en sus opuestos, mediante un gran esfuerzo de autocontrol<sup>2</sup>. El esquema emociones buenas *versus* emociones malas, que

1 Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Barcelona, Alta Fulla, 1993 [ed. orig. Madrid, 1611], p. 46.

iba a perdurar durante más tiempo en el pensamiento occidental, se basaba sin duda en los Siete Pecados Capitales, cuya lista fijó en el siglo VI Gregorio Magno (*inanis gloria, invidia, ira, tristitia, avaritia, ventris ingluvies y luxuria*)<sup>3</sup>.

Para Oliva Sabuco de Nantes —que escribió en el siglo XVI sobre la medicina del cuerpo y del alma— la ecuación emociones negativas-pecados era clara: «Los siete afectos del hombre que son pecado mortal dañan principalmente al alma, pero también al cuerpo»<sup>4</sup>. Para contrarrestar tales tendencias consideradas en extremo peligrosas estaban las Siete Virtudes (*humilitas, humanitas, patientia, industria, liberalitas, frenum y castitas*). Más que emociones, tal y como las entendemos hoy en día, las virtudes representaban un freno para evitar las terribles consecuencias de la incontinencia en un sentido amplio: contra la soberbia, humildad; contra la envidia, caridad; contra la ira, paciencia; contra la tristeza (reinterpretada después como pereza), diligencia; contra la avaricia, generosidad; contra la gula, templanza; y contra la lujuria, castidad.

Para la mayoría de quienes escribieron desde el punto de vista de la teología, la filosofía o la llamada filosofía natural en los siglos XVI al XVIII, las emociones debían ser, por tanto, evitadas en la medida de lo posible o, en todo caso, domeñadas con tesón. No obstante, este tipo de discursos era muy reducido en comparación con la enorme producción literaria de la época, terreno en que los afectos, especialmente el amor, adquirirían un protagonismo indiscutible. Las obras literarias eran mucho más conocidas y, por supuesto, mucho más vívidas y estimulantes, pero raramente se ocupaban de toda la gama de emociones. Sólo ciertos poetas llegaron a cultivar en sus obras una deliberada aceptación de los afectos en su conjunto,

- 2 William Bouwsma, «The Two Faces of Humanism: Stoicism and Augustinianism in Renaissance Thought», en su *A Usable Past: Essays in European Cultural History*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1990, pp. 19-73.
- 3 Gregorio Magno, *Moralia in Job*, XXXI, cap. 45, en Alano de Lille Migne (ed.), *Patrologiae cursus completus, series latina*, París, Garnier, 1844-1864, vol. 76, c. 621. Véase Morton W. Bloomfield, *The Seven Deadly Sins. An Introduction to the History of a Religious Concept with Special Reference to Medieval English Literature*, East Lansing, Michigan State College Press, 1952.
- 4 Oliva Sabuco de Nantes, «Coloquio del conocimiento de sí mismo», en *Nueva Filosofía de la Naturaleza del Hombre, no conocida ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos, la cual mejora la vida y salud humana*, Madrid, Pedro Madrigal, 1587. En *Obras de Doña Oliva Sabuco de Nantes (escritora del siglo XVI)*, ed. Octavio Cuartero, Madrid, Ricardo Fé, 1888, p. 37.

entendidos como partes fundamentales de la naturaleza humana. El caso quizá más paradigmático es *El paraíso perdido* (1667) de John Milton, hasta el punto de que las intensas emociones que experimentan Adán y Eva a lo largo del poema representan no sólo el origen del sufrimiento sino, paradójicamente, también el único medio de redención para la humanidad. Así, si la «conmoción extraña» o estado de enamoramiento que inicialmente siente Adán por Eva le lleva a decidir compartir el destino de ella y a abandonar el paraíso juntos, más tarde las lágrimas arrepentidas de Eva, «que no cesan de fluir», acabarán por provocar en él una profunda compasión, sentimiento que posibilitará a ambos recobrar de nuevo el paraíso: «No sentirás dejar este Paraíso, porque llevarás dentro de ti un Paraíso más feliz»<sup>5</sup>.

En términos generales, el análisis de las emociones desde la Antigüedad hasta la Edad Moderna se centró en la tarea de especificarlas con la mayor exactitud posible para poder discernir sus efectos y, de este modo, luchar mejor contra los sentimientos considerados peligrosos y sus negativas consecuencias. Así, por ejemplo, Cicerón afirmaba que existían sólo cuatro pasiones (miedo, deseo, disgusto y placer o alegría), mientras que Tomás de Aquino identificaba once, a las que clasificaba en dos grupos: concupiscibles (amor, odio, deseo, aversión, gozo, tristeza) e irascibles (esperanza, desesperación, valor, temor y coraje)<sup>6</sup>. En la Edad Moderna, filósofos como Descartes, Hobbes o Spinoza también aportaron sus personales clasificaciones<sup>7</sup>. En esta línea, aunque salvando las distancias ideológicas y temporales, el psicólogo Paul Ekman distinguía en los años setenta del siglo pasado seis emociones básicas (ira, disgusto, miedo, felicidad, tristeza y sorpresa), a las cuales, no obstante, él mismo ha decidido sumar

5 John Milton, *Paradise Lost*, Libros VIII, 531, X, 910 y XII, 587-589. Véase *El Paraíso Perdido*, trad. Esteban Pujals, Madrid, Cátedra, 1986, pp. 345, 435 y 506.

6 Marco Tullio Cicerón, *Disputationes Tusculanae*, Lib. IV («De reliquis animi perturbationibus»), 13-15, que trata *metus*, *libido*, *aegritudo* y *voluptas* o *laetitia*; Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Lib. I, Segunda parte. Véase Manuel Úbeda Purkiss, *Introducción al Tratado de las Pasiones en la Suma Teológica de Tomás de Aquino*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1965.

7 Véanse René Descartes, *Tratado de las pasiones del alma*, ed. y trad. Eugenio Frutos, Barcelona, Planeta, 1984 [ed. orig. París, 1649]; Thomas Hobbes, *Leviatán*, ed. y trad. Enrique Tierno Galván y M. Sánchez Sarto, Madrid, Tecnos, 1987 [ed. orig. Londres, 1651]; y Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, ed. y trad. Atilano Domínguez, Madrid, Trotta, 2005 [ed. orig. Amsterdam, 1677].